

Johann Chapoutot

LA REVOLUCIÓN CULTURAL NAZI



Alianza editorial

JOHANN CHAPOUTOT

LA REVOLUCIÓN CULTURAL
NAZI

Traducido del francés por
Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños

Índice

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE. ALIENACIÓN, ACULTURACIÓN, PERDICIÓN

1. La desnaturalización del pensamiento nórdico. Del racismo platonicista al universalismo estoicista
2. La desnaturalización del derecho nórdico. Derecho germánico y recepción del derecho «romano»
3. «Borrar 1789 de la historia alemana»

SEGUNDA PARTE. LA VUELTA AL ORIGEN

4. Ley de los Antiguos, ley de la raza. En la escuela de la Antigüedad
Hijos para el Reich
Combatir al enemigo de raza
El reinado de la raza
5. ¿En la escuela de Kant? Kant, filósofo «nórdico»

TERCERA PARTE. LA REFUNDACIÓN NORMATIVA UNA NUEVA MORAL, UN NUEVO DERECHO

6. El «pueblo», principio y fin del derecho
¿De dónde viene el derecho?
Del «sentido común popular» como nueva fuente del derecho
«El derecho es lo que sirve al pueblo»
7. El orden internacional. La «lucha» contra el Tratado de Versalles
Desmantelar Alemania
«Traición» y «pistola en la sien»
Estática del derecho y dinámica de la vida
El derecho a la vida del pueblo alemán
8. El orden sexual. Reproducción, monogamia y poligamia en el III Reich

*¿Una extinción biológica del pueblo alemán?
Hijo natural, hijo de la naturaleza
La disolución de la unión estéril
¿Abolir la monogamia?*

CUARTA PARTE. EN EL OJO DEL NAZISMO

9. «Por la libertad de mi sangre y de mi raza». El caso Eichmann revisitado
10. La tierra y la guerra. Conquista del espacio vital y colonización
11. «Contaminación» y exterminación
*El Este, una tierra contaminada
Aislar al judío, factor patógeno
Behandlung, «el tratamiento de la cuestión judía»
De la profilaxis a la cura: desinfección y erradicación*

CONCLUSIÓN

CRÉDITOS

*A Hortense y Louise,
nuestras pequeñas revelaciones*

INTRODUCCIÓN

Apenas había llegado a Auschwitz, donde debía sobrevivir gracias a sus competencias como químico, cuando a Primo Levi lo confinaron para una espera absurda, sin agua, en un barracón. Ve un carámbano y lo coge para aplacar la sed que lo atenaza:

Nada más arrancar el carámbano, un tipo alto y fuerte que iba y venía fuera se me acerca y me lo arranca violentamente. *Warum?*, le digo en mi alemán vacilante. *Hier is kein warum*.

Aquí no hay porqué. La *shoá* y, por otra parte, la empresa concentracionaria y la multitud de crímenes nazis abrieron una hiancia de sentidos que nunca ha llegado a cerrarse — y que seguramente tampoco se cierre con este libro—.

Podemos, no obstante, empezar a buscar «porqués». Para las víctimas, no los hubo: fueron objeto del desencadenamiento de violencias más intenso jamás conocido en la historia de la humanidad. De los *shtetls* devastados por las unidades especiales de la policía y de las SS a los *sonderkommandos* de los centros de ejecuciones, pasando por las decenas de Oradour en el oeste de Europa, los centenares en Grecia y en los Balcanes y los miles de Oradour del territorio soviético, solo se observa el absurdo y el sinsentido de una violencia ciega. Shakespeare, como hombre del Renacimiento familiarizado con la muerte, decía que la vida es como «un cuento lleno de ruido y de furia [...] que no significa nada». Para los millones de vidas rotas por la violencia nazi, el momento del final fue el del sinsentido y del desamparo más atroz.

¿Y para los verdugos? Primo Levi tuvo contacto con algunos de ellos durante su detención en Auschwitz. Era doc-

tor en Química y lo destinaron al servicio de un científico alemán que trabajaba en una iniciativa estratégica del III Reich, siempre amenazado por la escasez de carburante: la fabricación de carburantes sintéticos, uno de cuyos lugares de producción había sido instalado en las inmediatas cercanías de los campos de Auschwitz y de Birkenau, en Monowitz. Primo Levi narra en los siguientes términos su encuentro con su superior, el Dr. Pannwitz:

Su mirada no fue la de un hombre a otro hombre; y si pudiera explicar a fondo la naturaleza de aquella mirada intercambiada como a través del cristal de un acuario, entre dos seres que pertenecían a dos mundos diferentes, habría explicado al propio tiempo la esencia de la locura del III Reich.

El *warum*, el porqué de Primo Levi está en la mirada del Dr. Pannwitz, en esa manera de considerar al prójimo como cualquier cosa menos como un ser humano, menos aún que un animal y escasamente como un objeto. Pannwitz considera —para él, legítimamente— que, más que un «cristal», hay un «mundo» entre Primo Levi y él. La ausencia feroz o total de consideración o de empatía hacia el otro es un fenómeno que encontramos bajo otros cielos y en situaciones históricas y sociales muy diferentes de las de unas instalaciones concentracionarias nazis.

En el cara a cara entre Primo Levi y Pannwitz convergen, no obstante, varias de esas situaciones: colonialismo, esclavitud, racismo, antisemitismo, desprecio académico, explotación económica. Pannwitz considera al judío Primo Levi una herramienta, un factor de producción útil y utilizable que, cuando llegue el caso, podrá ser sustituido por otro por necesidades del servicio: la producción de carburante para el Reich. Primo Levi añade: «Desde ese día, he vuelto a pensar muchas veces y de muchas maneras en el doctor Pannwitz. Me he preguntado qué era lo que podía ocurrir en el interior de aquel hombre». Y manifiesta su deseo de volver a verlo, no para vengarse, sino para satisfacer su «curiosidad por la especie humana».

Primo Levi, la víctima, cumple con el gesto magnífico al que el verdugo, el criminal, se niega: concederle al otro el crédito de la humanidad, de una pertenencia a la especie humana y de una «interioridad».

Eso mismo es lo que, como historiador, deseamos hacer. Intentando responder a la pregunta del *warum*, vamos de sorpresa en sorpresa. Nos damos cuenta de que «la locura del III Reich» fue, para los actores de los crímenes nazis, algo muy distinto a una locura: la obediencia a órdenes dadas según las normas de la cadena jerárquica, de los actos de defensa del Reich y de la raza, una necesidad histórica que respondía a una amenaza biológica sin precedente.

Ya hemos expuesto en otro lugar que los crímenes nazis seguían normas, que respondían a una normativa muy argumentada y muy elaborada. Deseamos completar y, en lo que a nosotros respecta, dar por concluido el expediente poniendo de manifiesto que, para desplegar sus potencialidades criminales, el nazismo pretendió ser una *revolución cultural*. Al retomar en ocasiones algunas contribuciones ya parcialmente publicadas, y al completarlas y ofrecer capítulos inéditos, hemos querido señalar la unidad de una investigación de largo recorrido sobre el fenómeno nazi que fue, además de una serie inverosímil de crímenes, un relato y un corpus normativo —relato y normas que apuntaron a que los autores de aquellos crímenes aceptaran que sus actos eran legítimos y justos—.

El relato es la visión nazi de la historia, suturada de angustia biológica y tejida de advertencias apocalípticas. Si damos crédito a semejante «visión del mundo», la raza germánica está desde sus orígenes alienada y desnaturalizada por influencias culturales y biológicas venidas de fuera, que van destruyéndola a fuego lento y no tardarán en hacerla desaparecer. El relato relee, bajo el prisma de la biología racial, todos los episodios de la historia de la «raza», desde la Grecia antigua hasta la República de Weimar, pasando

por la caída del Imperio romano, la evangelización cristiana, el Humanismo, la Revolución francesa y la Gran Guerra.

La norma es el corpus de imperativos que se infiere de esa historia: hay que actuar ya, y rápidamente, para evitarle a la raza germánica esa suerte funesta. Los nazis son conscientes de que lo que pregonan choca y golpea unas conciencias educadas desde hace siglos según los preceptos cristianos, kantianos, humanistas y liberales. En lo más alto de la jerarquía nazi, en unas esferas donde ellos mismos se consideran una élite intelectual y una vanguardia moral, existe inquietud ante los obstáculos tan numerosos que quedan aún por superar en las inteligencias alemanas: el «sentimentalismo», la «ñoñería», el «humanitarismo» que fustigan los Hitler, Goebbels, Himmler, Bormann... que reconocen perfectamente en todo ello al eterno «Michael» alemán, víctima de la historia y de sus enemigos por su indecisión y su bondad.

Durante sus conversaciones en torno a la realización de una película para promocionar la eutanasia, Goebbels defiende en su *Diario* que se trata con absoluta claridad de educar al pueblo alemán en esas medidas, indudablemente duras pero necesarias, para que «la liquidación de los seres que ya no son válidos nos resulte psicológicamente más fácil»¹. Unos meses después, en el momento en que empieza la fase industrialmente mortífera de «la solución final», el mismo Goebbels ordena «un buen número de tomas cinematográficas en los guetos»: «Más adelante, necesitaremos mucho ese material para la educación de nuestro pueblo»². Más adelante, porque mientras tanto los centros de exterminio se mantienen secretos. Solo mucho después podrá el pueblo alemán ser suficientemente maduro para comprender la necesidad de una tarea histórica que violaba todos los conceptos morales, religiosos y éticos —conceptos presentes desde siglos, que el nazismo tenía intención de combatir y suplantar.

Para poder actuar, a pesar de los siglos de alienación, a pesar de las fases de desnaturalización, había que operar en el cuerpo y en el alma del pueblo alemán una revolución cultural, en el sentido prerrevolucionario del término: hay que volver a los orígenes, a lo que era el hombre germánico, su modo de vida y su actitud instintual con respecto a los seres y las cosas, para salvarlo.

Los capítulos que siguen entran en el detalle y en el contenido de esa revolución cultural. Podrá leerse en las páginas de este libro que, desde la más alta Antigüedad, la historia de la raza germánica es, según los nazis, la de una perdición, la de una alienación biológica y cultural: el pensamiento antiguo se perdió, el derecho germánico se vio alterado, los principios políticos más sanos quedaron barridos por la Revolución francesa.

Para volver a poner el mundo al derecho, conviene regresar a los orígenes, los de un pensamiento sano de la naturaleza y del hombre tal como existía en la Antigüedad germánica y tal como se encuentra en un Kant purificado de todas las escorias humanistas y universalistas por numerosos autores deseosos de incorporarlo a las necesidades de la causa.

Esa vuelta a los orígenes permite refundar la norma jurídica, la que rige el orden interno y también el orden internacional, y, finalmente, cosa que garantiza el porvenir de la raza, la procreación. Más allá de la norma jurídica, por último, es toda la moralidad que aparece refundada por medio de las categorías que permiten la acción, la dominación y la exterminación.

Las fuentes que hemos utilizado aquí son los escritos y las imágenes de los productores de saber, los pedagogos e ideólogos. La cuestión que sistemáticamente se plantea concierne a la manera como harían llegar esas ideas hasta la sociedad alemana. Cuando se trata de ideología y de visión del mundo, se distingue, en efecto, entre la producción de las ideas, su difusión (el estudio de los vectores) y

su recepción. En el caso del nazismo, fuentes considerables y una bibliografía abundante han permitido estudiar satisfactoriamente la apropiación social de las ideas de la *Weltanschauung*. Es sorprendente constatar que las ideas del nazismo no tuvieron mucha necesidad de difusión o apropiación: estaban ya ahí, en la sociedad alemana como en el más amplio ámbito de las sociedades occidentales. Lo que les corresponde propiamente a los nazis —y no es poco— es haberles dado coherencia y una aplicación rápida, brutal, sin concesiones, ya desde 1933 en Alemania y a partir de 1939 en Europa.

La noción biológica, incluso zoológica, del hombre y de la sociedad se encontraba ampliamente presente en Occidente desde el desarrollo espectacular de las ciencias de la naturaleza, antes y después de Darwin, en el siglo XIX. La idea de que existía un peligro biológico, un riesgo de degeneración y de extinción, por agotamiento endógeno o por infiltración alógena, se vio reforzada por las consecuencias de la Gran Guerra y la percepción que de ello tuvieron los contemporáneos, atormentados por la caída demográfica y la debilitación biológica. En cuanto al mito de un origen inmaculado, de un paraíso perdido del que nos habría alejado una serie de accidentes, parece tan antiguo y universal como las diferentes culturas y religiones del mundo... Que ese paraíso perdido fuera griego antiguo o romano no es una idea propia de Alemania; y que fuera germánico, tampoco: en Francia el «debate de las dos razas» y la construcción de una libertad germánica, paraíso político perdido ante la construcción del absolutismo real, fueron obra de pensadores políticos tan diferentes como Boulainvilliers y Montesquieu, desde el siglo XVI hasta el XVIII.

Con la consulta de las fuentes, y a lo largo de las páginas que vamos a leer, constatamos la sorprendente capacidad de agregación de una «visión del mundo» que no duda en ir a buscar sus argumentos a todos los sitios a los que sus autores, con frecuencia muy cultos, pueden recurrir.

Eso lleva a dos observaciones. Por su carácter de cajón de sastre convertido en muy coherente por el postulado de la raza, de la «visión del mundo» nazi podían apropiarse, de diferentes maneras, los más diversos individuos. El aglomerado de elementos múltiples tenía como consecuencia que siempre existía una razón, una idea, un argumento para ser o llegar a ser nazi: el nacionalismo. El racismo, el antisemitismo, el expansionismo al Este, el anticristianismo... En ese contexto, era fácil estar de acuerdo con el discurso nazi al menos por una de esas razones, justo antes de que los acontecimientos fueran desfavorables al Reich a partir de 1943 y que la guerra de los nazis pasara a ser verdadera y definitivamente la de los alemanes, la guerra de la defensa de la patria amenazada.

La segunda observación es que el nazismo fue un corpus de ideas bastante convincentes y, a ojos de no pocos contemporáneos, bastante pertinentes para llevarlos a consentir, a adherirse, a actuar. En *La extraña derrota*³, Marc Bloch hace de la victoria de Alemania sobre Francia «una victoria esencialmente intelectual», y no solo en el sentido de un dominio técnico, táctico y estratégico de los armamentos. En opinión, bien informada, del historiador francés, por lo tanto, hizo falta que hubiera intelecto. Como antiguo profesor de la Universidad de Estrasburgo, estaba demasiado al corriente de cuanto se decía y se escribía en Alemania y no podía no saberlo. Y como ciudadano bien informado de la República francesa, constataba demasiado bien, en los años treinta, la actividad que tenían en determinada prensa nazis franceses convencidos, como para no subestimar la fuerza de la eficacia de las ideas nazis incluso más allá de las fronteras de Alemania.

Esas ideas pudieron convencer porque, por muy pasmoso, inaudito e indignante que pueda parecernos después de Treblinka y Sobibor, pretendían aportar respuestas a cuestiones que se planteaban los contemporáneos o, más bien, a cuestiones que la modernidad industrial, urbana,

cultural dirigía a quienes la vivían. La «visión del mundo» que tienen los nazis es una visión de la Historia, del hombre y de la comunidad, una concepción del espacio y del porvenir, una idea muy exacta de lo que es la naturaleza en sí misma y más allá de sí misma, una propuesta firme para el destino de todos: la libertad ya no es un problema para quien sabe que la naturaleza lo ha decidido todo: la esencia, la posición y la vocación de cada uno.

Que esas ideas implicaran el rechazo, el sometimiento, incluso el asesinato de individuos considerados nefastos o alógenos podía entenderse, al fin y al cabo, como la radicalización última de determinadas tendencias propias de la cultura occidental y que aparecían en acción en el capitalismo tan inhumano de la revolución industrial, en el dominio y la explotación de los territorios coloniales o en las masacres industriales de la Gran Guerra. La violencia extrema que había tenido Europa por escenario podía alimentar el pacifismo de unos, como podía acreditar las más violentas ideas de otros: sí, la naturaleza es el escenario de las grandes masacres, y ay de quien no tome nota y pretenda situarse al margen de la naturaleza —perecerá—. Ese tipo de discurso, el del nazismo precisamente, podía tanto más convencer y seducir cuanto que la política de los nuevos amos de Alemania, por toda una serie de razones complejas, aparecía ante sus contemporáneos coronada de éxitos. Lo que no significa que las ideas nazis fueran desde ese mismo instante adoptadas en bloque por la mayoría de los alemanes: la sociedad alemana se dio por satisfecha con el regreso del orden político y social, con los trenes llegando a su hora y con ganancias materiales, incluso una forma de bienestar que le proporcionaba la política social de los nazis, así como la práctica económica de la expoliación de los alógenos.

Los miembros de la *Volksgemeinschaft* se veían mimados en función de su excelencia racial y de sus competencias económicas al servicio de la nación. El combate y la

guerra, por otra parte, era lo que anhelaban los más radicales, los ejecutivos intermedios y los superiores, los miembros de aquella «generación de lo absoluto», impaciente por alcanzar el poder en Alemania y dominar Europa. La mayoría de los alemanes se habría conformado perfectamente con la paz y con los estereotipos desgastados que se repetían incansablemente en los discursos nazis sobre la supuesta excelencia de la germanidad. Fueron unos pocos centenares de miles de convencidos quienes edificaron y adoptaron la visión del mundo nazi: las ideas no resultaron impuestas por la violencia o la intimidación. Fueron objeto de una elección por parte de individuos que estaban convencidos de poder encontrar en ellas las respuestas necesarias a las cuestiones, a los problemas y a los males del momento.

Estudiar, tomándosela en serio, esa «visión del mundo» nazi que pretendió ser revolución cultural, es decir, rejuvenecimiento del hombre germánico mediante una vuelta a los orígenes, a la naturaleza, a su naturaleza, permite hacer plenamente del nazismo un objeto de historia.

Al ver las cuestiones que se plantearon algunos hombres, los problemas que identificaron; al constatar que, en efecto, consideraban que los actos que debían llevarse a cabo exigían una mutación del entendimiento, de la cultura y de la norma; al identificar el cuidado que pusieron en justificar y legitimar lo que, según pensaban ellos con toda razón, podía sublevar y chocar —matar a un niño, por ejemplo—; al cartografiar el universo de sentidos y de valores que crearon, podemos darnos perfecta cuenta del gesto increíble de Primo Levi: considerar que los verdugos eran también hombres. Procediendo de ese modo, se puede llegar a hacer historia y cortar de raíz el escepticismo que, la mayoría de las veces, alimenta al revisionismo. La negación de los crímenes nazis siempre tiene como base esa idea corrosiva de que el carácter excesivamente monstruoso de aquellos crímenes no puede en modo alguno haber sido

por obra de los hombres, que por ser inverosímil fue sencillamente imposible.

Las historias de la *shoá* y de las técnicas del asesinato en masa han aportado desde siempre pruebas indudables de los crímenes. Las estimaciones, los planes, los informes emanados de la máquina de muerte, sin embargo, no dicen las más de las veces nada sobre las intenciones de los actores: se saca a la luz una monstruosa *logística*, pero no la *lógica* de los criminales, ese universo mental tan peculiar del que procedían las estimaciones, los planes y los informes. El historiador puede, con todo derecho, dudar, incluso recular: es más cómodo estudiar la mencionada logística, y se camina con un paso positivista más seguro por archivos que permiten establecer hechos y describir procesos. Es intelectualmente más desestabilizador, humanamente más perturbador y, a decir verdad, psicológicamente más peligroso adentrarse en una manera de ver el mundo —o sea, una visión del mundo— que pudo darles sentido y valor a unos crímenes incalificables.

Al fin y al cabo, ¿para qué correr el riesgo? ¿Para qué llegar a eso que George Mosse llamaba «el ojo del nazismo»? Para hacer historia, simplemente. Y comprender por qué y cómo unos hombres pudieron ver a otros hombres a través del cristal de un «acuario».

[1](#) *Diario*, 5 de septiembre de 1941.

[2](#) *Diario*, 27 de abril de 1942.

[3](#) *L'Étrange Défaite*, Marc Bloch (*La extraña derrota: testimonio escrito en 1940*, traducción de Santiago Jordán Sempere, Crítica, 2003).